

RUBEN DARIO

Y

LOS REYES

ERNESTO
MEJIA SANCHEZ



No es el Darío que venera en prosa y verso a los Magos de Oriente ("Los Tres Reyes Magos", "Las Tres Reinas Magas", etc.), ni el galante pintor de "testas coronadas", adicto a la Monarquía por razones de estética (Don Carlos de Borbón, Don Pedro del Brasil, la Regente María Cristina, Amelia de Portugal, Oscar de Suecia y de Noruega, Victoria Eugenia y Alfonso XIII, el joven); sino el Rubén Darío completo, maduro, que descubre la América desde Europa, a nuestra América, "tierra de poetas y generales", y, entre los últimos, al General Bernardo Reyes,

cuando los Reyes van al dorado exilio de París, "Les Rois en exil", como el título de Daudet (noviembre de 1909-abril de 1911).

"He tenido la honra de ser amigo personal y de frecuentar las relaciones del General Reyes, durante su permanencia en una villa de Neuilly, en los alrededores de París —escribe Darío en "La Nación" de Buenos Aires, 13 de abril de 1913—. Fui presentado a él por el General Zelaya y encontré en él un soldado leal, un hombre sen-

cillo a pesar de su arrogante aspecto militar, aficionado a las letras y autor, él también, de varias obras, espíritu generoso y amante de su patria". Zelaya, el expresidente nicaragüense, pasaba también por esos días su exilio en Europa, y en su epistolario con Darío, que se ha conservado muy fragmentariamente, encontramos, en efecto, referencias constantes al General Reyes. El generalato y las circunstancias políticas parecidas unían a Reyes y Zelaya; el paisanaje, a Zelaya y Darío

Las fiestas del Centenario de la Independencia de México y la malhadada representación diplomática que Darío tuvo en ellas, ofrecen la oportunidad de estrechar las relaciones del poeta nicaragüense y el general mexicano. El 19 de julio de 1910, Zelaya desde Bruselas escribía a Darío: "Le felicito por la designación que el Gobierno de nuestro país ha hecho en usted para que le represente en el Centenario de México. ¡Ojalá todos los acuerdos del doctor (José) Madriz, tuvieran el mismo acierto que el presente!" "(Epistolario", Madrid, 1926, p. 197) Justo un mes después, Darío apunta en su Diario: "Viernes 19 de agosto de 1910. Acompañado del doctor (Luis H.) Debayle visito al General Bernardo Reyes, despidiéndome para México. Después pasamos a saludar al señor (Crisanto) Medina en la Legación". "(El archivo de Rubén Darío", Buenos Aires, 1943, p. 387).

Las peripecias del viaje a México y del fracaso de la misión del diplomático-poeta están narrados puntualmente en el Cap. LXV de "La vida de Rubén Darío escrita por él mismo" (1915), en el Diario que Darío llevó por esos días (10 de agosto al 11 de septiembre de 1910) y en "Rubén Darío en México", de Alfonso Reyes "(Los dos caminos", 4ª serie de "Simpatías y diferencias", Madrid, 1923; "Obras completas", IV, pp. 301-315). El final de ese capítulo autobiográfico, que Alfonso Reyes transcribe íntegramente, incluye el nombre del General entre la nómina de amigos generosos que ayudaron al poeta a salir de aquel paso: " . gracias al apoyo pecuniario del diputado mexicano Pliego, del ingeniero Enrique Fernández, y, sobre todo, a mis cordiales amigos Fontoura Xavier, Ministro del Brasil (en la Habana), y General Bernardo Reyes, que me envió por cable, de París, un giro suficiente". Tal parece que los últimos fueron los primeros en la gratitud de Darío, y el General, el más eficaz en el auxilio.

Posteriormente, la simpatía con que Darío vio la actividad política del General en 1911 sólo podemos inferirla por epistolario con el General Zelaya y corroborarla por una carta del propio Darío al General Reyes, cuando éste, ya en México, estaba en plena campaña. En febrero de 1911 Zelaya vive en Bruselas, 48 Square Marie Louise; Darío en París, 4 rue Herschel; el General Reyes ha abandonado misteriosamente su villa de Neully. Los amigos nicaragüenses se inquietan. Intercambian informaciones y presentimientos. Lástima que únicamente se hayan conservado las cartas de Zelaya a Darío sobre este asunto; pero ellas solas dan idea de la preocupación constante de los corresponsales.

Darío, el 6 de febrero, debió poner al corriente a Zelaya, adjuntándole recortes periodísticos sobre el caso. Zelaya inmediatamente, 7 de febrero: "He retirado de

su apreciable de ayer los recortes de los periódicos mexicanos He seguido con interés el curso de la guerra civil de México Mucho valor le doy a la desaparición del General Reyes. Conviene que usted, de una manera discreta y hábil, averigüe su paradero" "(Epistolario", p. 202). Zelaya vuelve a la carga el 15 de febrero: "Le agradeceré me tenga al tanto de lo que sepa de Nicaragua y del paradero de nuestro amigo el General Reyes "(Archivo", p. 177) Al fin Zelaya ha tenido noticias por propia cuenta y se apresura a comunicarlas a Darío el 20 de febrero: "Cavestany me dice que ya apareció el General Reyes, y que le ha autorizado para contradecir las "gacetillas" publicadas maliciosamente contra él" "(Epistolario, p. 205).

En el mes de marzo el General fue llamado a México. A su paso por La Habana, en mayo, se le ordenó detenerse allí. Al fin se le permite ingresar al país, 9 de junio. El 12 publica el manifiesto en que refiere haber pedido a Díaz "facultades para hacer concesiones a la Revolución que, según mi juicio, había tenido razón de ser" (Alfonso Reyes, "Parentalia", México, Tezontle, 1958, pp. 182-183). Entrevistas y ofrecimientos políticos. Aceptaciones y rechazos. Retiro del Ejército y campaña candidatural. Darío ha seguido, desde París, las peripecias de la lucha, y aun recibe correspondencia y recortes de prensa del propio General Reyes, como se sabe por una respuesta de Darío, del 3 julio de 1911:

Mi muy distinguido General y amigo:

Muy oportunamente me han llegado, con sus amables letras, los recortes relativos a su actitud y rumbos políticos, pues preparaba, para la publicación que dirijo "(Mundial Magazine)", un trabajo sobre la situación mexicana. Como usted debe saberlo, ha tenido (usted) aquí una excelente prensa, comenzando con el serio y autorizado "Temps", en el cual diario se ha hablado de usted en términos justamente elogiosos. Los documentos impresos, que usted ha tenido la bondad de enviarme, son la confirmación de lo que el cable comunicara a su debido tiempo. La noble y alta resolución de usted no hará, según general opinión, sino aumentar el prestigio y las simpatías de que usted goza en su país. El pueblo todo verá, claramente, que las principales aspiraciones de usted son la grandeza y la felicidad de la patria, en la paz, en el trabajo y la respetabilidad de ella, bien cimentada.

Es inútil decirle que estoy en absoluto a sus órdenes y que llevaré a efecto, en seguida, cualquier indicación suya. Yo sigo, con mi labor de siempre en "La Nación", en Buenos Aires. Y hoy tengo esta gran revista "Mundial", cuyos primeros números habrá usted recibido. No deseo sino, pues, demostrar a usted, en todas partes, mi amistad y mi reconocimiento por su probada amistad, así como mi admiración y simpatía.

Quedo, con toda consideración, amigo afectísimo y s. s.

RUBEN DARIO.

No sabemos si el General llegó a contestar la carta de Darío; es posible que desistiera de hacerlo, al desistir también de la lucha civil y emprender el movimiento armado. El 28 de septiembre se embarcó en Veracruz, rumbo a los Estados Unidos. Por entonces enviaría Alfonso Reyes su primer libro al poeta: "Cuestiones estéticas". Darío le acusó recibo con "palabras generosas" y le solicitó colaboración en verso para el No. de Navidad de "Mundial". Alfonso Reyes, en carta del 19 de noviembre, daba las gracias y le adjuntaba una "Lamentación de Navidad" "(Obras completas", X, pp. 57-59), que no llegó a tiempo para su impresión y que Darío guardó con cuidado para el No. de diciembre de 1912. En la carta de Alfonso Reyes hay que señalar este párrafo, primera autobiografía y muy prematura autocrítica:

Respecto a los datos bibliográficos que me pide, casi nada puedo decirle. Usted sabe quiénes son mis padres. Tengo veintidós años; nací en Monterrey (Estado de Nuevo León, México), siendo allí mi padre gobernador. Estudié jurisprudencia a pesar mío, y por puro temor de lanzarme a la vida sin profesión, lo que me la prometería un tanto aventurada y azarosa. Y soy hombre que gusta de la estabilidad material; del reposo necesario para leer y escribir. No he publicado más que las "Cuestiones estéticas", que usted conoce, por mucho que mi primera dedicación fueron los versos. Sé que en "nuestra América" hay riesgo en publicar prosa antes que verso, pues la mayoría de los poetas se refugian, tras de este accidente insignificante, para declarar que no es uno temperamentalmente poeta. Sin embargo, he preferido hacerlo así, por el sencillo motivo de que sentí mi prosa más madura ya que mi verso. Yo no tengo la culpa de mis naturales ritmos de desarrollo, ni pretendo dar a estos fenómenos más importancia de la que tienen. Respecto a si soy o no soy poeta, temperamentalmente, me parece que aún es prematuro que yo mismo pueda decirlo.

Todo el año de 1911 estuvo Darío pendiente de las noticias de México y, en especial, de las de su amigo el General. En carta a Federico Gamboa, de 7 de mayo de 1911, escribe: "El General Reyes estuvo a verme (seguramente, a despedirse), pero no pudo. ¿Sabe usted algo decisivo de por allá? Como el asunto mexicano me interesa de gran manera, pedí a Nervo (Amado) algo sobre lo que pasa, naturalmente fuera de sus condiciones diplomáticas" "(Epistolario", p. 143). En otra carta, a Juan B. Delgado, de 27 de julio, declara: "He seguido los acontecimientos políticos en México. La actitud de un tan grande y prestigioso hombre, como es el General Reyes, ha sido digna de su firme y noble carácter. ¿Cuál será el rumbo del país después de las elecciones?". El 13 de diciembre el General cruzó el Río Bravo y el 25 fue hecho prisionero en Linares. Darío y Zelaya seguían intercambiando noticias y opiniones. Escribe Zelaya: "Mucho he sentido la prisión del General Reyes. Según mis noticias, parece que él se había internado en territorio americano después de haber sido derrotado, por lo cual fue hecho prisionero por los norteamericanos. En cambio, de la noticia que usted me da parece deducirse que aún no ha-

bía tenido lugar ningún combate" "(Archivo", p. 180). Darío estaba en lo cierto.

Desde París, marzo de 1913, envió Darío a "La Nación" de Buenos Aires, el artículo que aquí publicamos, desconocido hasta hoy para los lectores de sus "Obras completas". Alfonso Reyes lo conservaba en su Archivo y se había referido a él con motivo del cincuentenario de los "Cantos de Vida y Esperanza":

Mi padre conoció personalmente a Rubén Darío en París, por 1911. Este lo menciona con gratitud en su libro autobiográfico y, cuando mi padre murió, en 1913, le consagró una expresiva página, comparándolo con los capitanes romanos de Shakespeare.

En la "Oración del 9 de febrero" (publicada póstumamente en el número inicial de este Suplemento, 21 de febrero de 1961), Alfonso Reyes liga los recuerdos de su padre con los de su iniciación literaria y la lectura de los "Cantos de Vida y Esperanza":

Por cierto que hasta mi curiosidad literaria encontraba pasto en la compañía de mi padre. El vivía en Monterrey, ciudad de provincia. Yo vivía en México, la capital. El me llevaba más de cuarenta años, y se había formado en el romanticismo tardío de nuestra América. El era soldado y gobernante. Yo iba para literato. Nada de eso obstaba. Mientras en México mis hermanos mayores, universitarios criados en una atmósfera intelectual, sentían venir con recelo las novedades de la poesía, yo, de vacaciones en Monterrey, me encontraba a mi padre leyendo con entusiasmo los "Cantos de Vida y Esperanza", de Rubén Darío, que acababan de aparecer.

Las páginas de "Oración" del 9 de febrero" fueron escritas en 1930. Un cuarto siglo después, Alfonso Reyes, con motivo de los 50 años de la aparición de los "Cantos", dirigió a Alfredo Cardona Peña "otra salva de recuerdos":

El libro evoca para mí uno de los recuerdos más gratos. Por entonces yo estudiaba en la Preparatoria de México y vivía al lado de mi hermano Rodolfo. Aún no leía esta obra de Darío ni tenía noticia de su aparición. Fui de vacaciones a Monterrey. . . He aquí que mi padre me recibe recitando de memoria la "Salutación del optimista" y "Yo soy aquel que ayer no más decía". . . Aunque siempre me había yo sentido cerca de mi padre, en muchas de mis aficiones, no esperaba yo estar tan cerca. ¡Y mi padre no era "intelectual", ni pretendía estar al tanto de las modas! Le guiaba su genio y su instinto. Aún conservo, el ejemplar de los "Cantos" que de él heredé.